

# «*La memoria de omne deleznadera es*»: oralidad, textualidad y medios de transmisión en la Edad Media

Carmen MARIMÓN LLORCA

Universidad de Alicante  
Marimón@ua.es

## RESUMEN

En este trabajo pretendo mostrar un episodio a mi parecer importante y poco atendido en relación con el cambio definitivo que se produce a finales de la Edad Media de los modos orales de comunicación a la irreversible consolidación de la escritura. En esta ocasión me he fijado en el papel de la memoria, hilo conductor por el que se transmite y en el que habita toda una cultura, en el momento en el que su tarea está a punto de ser sustituida por la letra escrita. Para ello, justifico en primer lugar la importancia de la memoria como capacidad cognitiva, la oportunidad de su estudio por parte de algunas corrientes de la lingüística y su papel en las sociedades en las que predomina la oralidad. Posteriormente abordo la memoria como operación retórica, su pervivencia a lo largo del medioevo y la trascendencia compositiva que pudo tener su preceptiva en los inicios de la literatura en lengua romance. Finalmente me centro en los textos castellanos medievales para observar los detalles de su valoración y comprobar cómo conforme la escritura va ganando terreno, la amplitud de los conocimientos es cada vez mayor y los grupos letrados aumentan su presencia en todos los ámbitos de la vida, hay una progresiva puesta en duda de su capacidad para retener todos los conocimientos y, en consecuencia, una desvalorización de su papel más allá del mero depósito de materia.

**Palabras clave:** Retórica, Edad Media, memoria, Lingüística, oralidad.

## ABSTRACT

Along this work I try to show an important and relatively neglected episode related with the transition between oral and written mediums of communication at the end of Middle Ages. In this case I point out the role of memory just in the moment in which its duty as transmitting of thought and culture is almost being substituted by written word. In order to do it, first of all I justify the importance of memory as cognitive capacity, the opportunity of the attention that cognitive linguistic is giving to it and its role in oral societies. After that, I study memory as a rhetorical operation, its prevalence along Middle Ages and the influence that its preceptive could have at the beginning of romance literature. Finally I focus the attention on medieval Castilian texts to observe the details of its valuation. Then I can check that insofar as writing gains ground, the wideness of knowledge is each time bigger, and the literate groups increase their presence in any field of life, there is a progressive doubt about the capacity of memory to retain the whole knowledge and therefore, its lost of value further on a simple deposit.

**Key Words:** Rethoric, Middle Ages, Memory, Linguistics, Orality.

## 1. INTRODUCCION: LA EDAD MEDIA COMO ENCRUCIJADA UNA VEZ MÁS

Según el conocido esquema de Roman Jakobson sobre los elementos de la comunicación y las funciones del lenguaje, el canal o contacto es el medio de transmisión por el que transcurre el mensaje que hablante y oyente intercambian<sup>1</sup>. Mientras la Lingüística y la Teoría literaria se ocuparon únicamente por cuestiones que afectan a aspectos estructurales y organizativos del sistema lingüístico y de sus manifestaciones poéticas, las particularidades del canal no constituyeron un tema de preocupación para estas disciplinas más allá de la consideración de las diferencias entre el lenguaje oral y la escritura, cuyo estudio pertenecía más a la gramática normativa o a la delimitación del estilo, que al estudio «científico» de la lengua y de la literatura que centraba por entonces los intereses de teóricos y lingüistas. Sin embargo, cuando a partir de los años sesenta del siglo XX, se dirige la atención de estas disciplinas hacia las implicaciones de las circunstancias extralingüísticas en el mensaje verbal, sea este de la naturaleza que sea, pasarán a primer plano cuestiones como de qué manera cambia el lenguaje en relación con el soporte o medio sobre el que discurre así como qué clase de significados se originan o se dejan de aportar con el uso de uno u otro medio de transmisión. El interés por este aspecto hasta entonces ignorado está en estrecha relación con la emergencia en el campo de la Lingüística y de los Estudios literarios de conceptos hoy en día ineludibles en cualquier aproximación al lenguaje como «contexto», «interlocutores» o «texto» y tiene que ver también con la renovada atención por estudiar las capacidades y procesos mentales de los hablantes y sus consecuencias en los procesos de expresión y comprensión verbal. En este sentido, la Lingüística Cognitiva, por ejemplo, al centrarse en las posibilidades y límites del sistema cognitivo humano en relación con la estructura del lenguaje, trajo a primer plano la importancia de la mediación del individuo en los actos de comprensión y expresión lingüística, de manera que para esta disciplina, procesos cognitivos — universales y particulares a la vez — como la percepción o la memoria resultan determinantes a la hora de elaborar, transmitir y comprender un mensaje verbal<sup>2</sup>. Para la Lingüística Cognitiva, cualquier fenómeno relacionado con el lenguaje está íntimamente ligado a la experiencia del individuo en el mundo (Ungerer-Schimid, 1996: X), a sus posibilidades reales de entenderlo y de manejarse en él, en la medida en que, como afirma Merleau-Ponty (1975: 26), «El mundo no es lo que yo pienso, sino lo que yo vivo». El hecho de la percepción pasa ahora a primer plano y, con él, el cuerpo, que la fenomenología y la psicología cognitiva sitúan como eje de las experiencias del ser-del-mundo. Así, al proclamar la centralidad del cuerpo humano, este entra en la Lingüística y pasa a considerarse un condicionante ineludible y un elemento conformador de nuestras posibilidades de expresión verbal.

---

<sup>1</sup> Vid. R. Jakobson (1979), p. 32.

<sup>2</sup> En este sentido, señala J.L. Cifuentes (1998), p. 51 que «la significación no puede ser entendida al margen de otras capacidades cognitivas».

Por lo que se refiere a la trascendencia del canal o medio de transmisión en el ámbito de lo literario y a su valoración por parte de los especialistas, la toma de conciencia de este hecho por parte de la crítica especializada está relacionada, además de con los cambios epistemológicos y metodológicos en las disciplinas implicadas, paradójicamente y, en buena medida, con la evolución del propio mundo contemporáneo. En efecto, el interés por el «valor» del canal de comunicación tiene que ver con el hecho de que, a partir sobre todo de los años sesenta del siglo XX, se produzca el nacimiento y la inmediata generalización de los llamados medios electrónicos de comunicación. Su expansión imparable dio lugar a reflexiones en las que se analizaron las consecuencias que pueden derivarse de las nuevas formas de relación y comunicación que éstos traían aparejados y que, desde luego, iban más allá de una pura cuestión estética. En ese contexto, la mirada a la Edad Media, época en la que se vivió también un proceso de cambio de magnitud semejante —el que lleva de los medios orales a los medios escritos de comunicación—, resultó inevitable y animó sin duda a investigar en este aspecto poco atendido hasta entonces por el medievalismo.

En efecto, la revolución en los medios de comunicación fue, probablemente, el hecho que, definitivamente, hizo fijar la atención en el canal y en la influencia que éste ejercía sobre el significado del propio mensaje. Hay que tener en cuenta que, desde la generalización de la imprenta, la escritura y, en particular, el libro, fueron el medio a través del cual se difundieron la inmensa mayoría de las obras pertenecientes a los géneros lírico, narrativo, didáctico-ensayístico y, en general, casi cualquier manifestación cultural humana al menos en el Occidente europeo; el lector, pues, tras la universalización de la escritura, pero, especialmente, desde la expansión de la imprenta a partir del siglo XVII y, sobre todo, del XVIII<sup>3</sup>, recibe un curso autónomo que debe leer de forma individual. Situados de lleno en el reino de la escritura, el canal por el que se trasmite el mensaje deja de ser significativo, convirtiéndose, en general<sup>4</sup>, en un medio aséptico cuya manipulación responde más a criterios comerciales y editoriales que a deseos del propio autor<sup>5</sup>. Sin embargo, esta situación comienza a cambiar hacia finales de los años cincuenta del siglo XX y uno de los primeros intelectuales en ponerlo en evidencia fue Marshall McLuhan en su obra pionera *La Memoria es el mensaje*, de 1957. En ella, al analizar la influencia de los medios electrónicos de comunicación en la sociedad actual se percata de hasta qué punto estos se están convirtiendo en los verdaderos protagonistas de la

---

<sup>3</sup> G. Jean (1989), p. 97. afirma que desde la impresión de la Biblia latina, en 1450, hasta 1783, la técnica de la impresión se mantuvo intacta, llegando a sacar un máximo de trescientas hojas al día. A partir de esa fecha los saltos cualitativos y cuantitativos fueron cada vez mayores, hasta que, en 1946, se inauguró en Philadelphia la primera prensa moderna, capaz de dar salida a 95.000 ejemplares.

<sup>4</sup> Hemos de exceptuar el experimentalismo tipográfico de muchas de las vanguardias artísticas que, como los caligramas de Apollinaire, llevaron la desautomatización de los códigos tradicionales y la unidad entre significante y significado de la obra poética hasta el extremo de presentar poemas figurativos con los que rompían conscientemente la presentación tipográfica habitual.

<sup>5</sup> Gérard Genette (1989) establece relaciones que denomina paratextuales entre el texto propiamente dicho y su paratexto —título, subtítulo, prefacios, epílogos, advertencias, notas, etc.— y que de alguna manera influyen en el significado total de la obra.

comunicación usurpando en ocasiones el lugar del mensaje mismo<sup>6</sup>, y llega a la conclusión de que «Las sociedades siempre han sido modeladas más por la índole de los medios con que se comunican los hombres que por el contenido mismo de la comunicación» —y continua— «Ninguna comprensión de un cambio social y cultural es posible cuando no se conoce la manera en que los medios funcionan de ambientes». Aunque en este trabajo McLuhan se centra en el paso hacia los medios electrónicos de comunicación, no deja de hacer referencias al final del período medieval, época en la que se produjo otro cambio radical, que fue el paso de los medios auditivos de comunicación a los visuales y que constituyó un momento trascendental en la evolución y desarrollo de las formas de comunicación y, en consecuencia, de expresión poética en Occidente.

Ciertamente, la aparición del libro como medio habitual para la transmisión y difusión de toda clase de manifestaciones, analiza McLuhan en otro trabajo que completa el anterior, *La galaxia Guttenberg*, de 1962, no fue ni mucho menos un hecho intrascendente, sino que trajo como consecuencia una serie de profundos cambios en las relaciones que, hasta entonces, mantenían productor, receptor y mensaje. La tipografía convirtió al libro en un instrumento portable y de uso personal, haciendo posible una lectura individual y silenciosa —hasta entonces prácticamente desconocida— que reforzó sin duda el individualismo y la privacidad, marcando así una de las diferencias fundamentales entre el mundo medieval y el Renacimiento:

No se puede decir que la tipografía haya sido el medio y la ocasión del individualismo, pero es evidente que ha alimentado hábitos de propiedad privada, aislamiento y compartimentación y, desde luego, que la publicación impresa ha sido el medio directo de la fama y memoria eterna<sup>7</sup>

Se exigirá ahora la originalidad y la regularización ortográfica, la precisión y la estructuración narrativa lineal y climática, hasta entonces desconocida<sup>8</sup>. El paso del mundo de la simultaneidad —el auditivo— al de la sucesión —el visual— marcó el principio y el fin de una época que, si bien venía preparándose por la progresiva extensión de la escritura, sólo la invención y generalización de la imprenta convirtió en salto irreversible para la historia de la humanidad<sup>9</sup>. A través del largo período que va desde la Antigüedad clásica hasta la Edad Media, se fue produciendo un lento pero imparable proceso de desplazamiento de lo que se ha venido a llamar el eje acústico-momentáneo de la comunicación al eje visivo-estable<sup>10</sup>. Así, durante casi 1500 años de la historia del Occidente europeo, junto a los modos tradiciona-

<sup>6</sup> Cfr. M. McLuhan y Q. Fiore (1987).

<sup>7</sup> M. McLuhan (1985), p. 160.

<sup>8</sup> W. Ong (1987), p. 137 y ss. También M. McLuhan, (1985), pp. 116 y ss.

<sup>9</sup> Vid. W. Ong (1987), pp. 81 y ss. y M. McLuhan (1985), p. 66. Ambos sistemas —gráfico y oral— sin embargo, afirma M. Lörinczi (1982), pp.23-30, «hanno in commune il fatto di trasmettere significati con l'aiuto di un supporto materiale», aunque la evolución del soporte material de la escritura haya sido un intento continuado desde la pictografía a la escritura alfabética de reflejar fielmente la lengua oral.

<sup>10</sup> T. Albaladejo (1983), p. 12.

les de comunicación —orales, inmediatos, discontinuos— fue ganando terreno otro sistema más complejo y abstracto, el medio escrito, que acabará, finalmente, por asumir cualquier forma de comunicación institucionalizada —incluida la literaria— hasta convertir el cambio en irreversible. El paso de la oralidad a la escritura supuso, entre otras muchas transformaciones, la sustitución del canal o medio de transmisión del mensaje y no es este, ni mucho menos, un tema baladí, pues ese cambio de eje alterará definitivamente conceptos como el de fiabilidad, conocimiento y sabiduría, hasta entonces íntimamente ligados a la corporeidad y las capacidades del individuo —memoria, gesto, voz— y los hará ahora depender de algo externo al cuerpo y al pensamiento, como son los caracteres de la escritura fijados en un manuscrito o un libro. De esta manera, como afirma Georges Jean, «la escritura se convertirá en el instrumento indispensable del pensamiento»<sup>11</sup>. La Edad Media, por tanto, puede considerarse un escenario privilegiado para observar la última fase de este episodio tan trascendental para la historia de Occidente.

Aunque existe una extensa y muy interesante bibliografía sobre la oralidad medieval, en la que se destaca el valor significativo del cuerpo humano y de los elementos no verbales que, procedentes de este, como voz, gesto o indumentaria, acompañan a la pronunciación de cualquier discurso, un aspecto menos atendido pero no menos importante es el que tiene que ver con la valoración de otra parte fundamental del ser humano, la memoria. Porque situados en un mundo en el que predominan los intercambios orales sobre cualquier otro modo de comunicación, la memoria cumple una tarea fundamental, que es el de ser trasmisora y depositaria de la identidad y el conocimiento de toda una colectividad, de su cultura y de sus manifestaciones artístico-verbales, de su historia, de sus asunciones y creencias, en definitiva, de todo lo que hace de un grupo humano una sociedad, y es este papel el que, sin duda, ejerció durante la mayor parte del período medieval, etapa en la que, como a estas alturas resulta difícil dudar, la mayor parte de los mensajes poéticos —y en realidad, casi de cualquier otra forma institucionalizada de comunicación verbal— se transmitían a través de un canal tan excepcionalmente significativo como es el cuerpo humano. La tarea y el prestigio de la memoria durante el medievo están además reforzados por el hecho de que, como cuarta fase en la elaboración del discurso, su preceptiva formó parte del sistema retórico, referente composicional por excelencia de la cultura medieval.

En efecto, desde la Antigüedad clásica se fue plenamente consciente de la importancia que para la forma final del mensaje tenía el vehículo por el que iba a ser transmitido. La Retórica es una reflexión sobre las posibilidades de la actividad comunicativa humana en relación con unas circunstancias concretas de emisión-recepción y, sensible aún al mundo de intercambios orales del que procede, hace evidente en su propuesta que la palabra significa porque está unida a un cuerpo, materialidad física que la hace posible, unida a un espacio/tiempo en el que recibe sentido y unida a unos receptores. La decidida orientación pragmática de la sistematización

---

<sup>11</sup> G. Jean (1989), p. 97.

retórica y la preocupación por la actividad semasiológica llevó a los primeros retóricos a interesarse especialmente por los procesos que posibilitan nuestra captación del mundo y su transformación en lenguaje, en discurso, que no es sino una parcela privilegiada del mundo. De hecho, la doctrina retórica ya dispuso desde sus primeras formulaciones de dos operaciones relacionadas con el componente físico de la construcción del discurso: la memoria y la *actio/pronuntiatio* en las que la atención está centrada en las capacidades del propio orador y en los elementos no verbales que, en perfecta adecuación con los verbales, formarán parte indisoluble del discurso. Su sola existencia trae consigo los ecos de un mundo en el que un discurso no se consideraba definitivamente concluido ni la efectividad de su construcción verbal plenamente probada hasta que éste no había sido asimilado por un orador y transmitido ante un auditorio. La Retórica, pues, no entiende el lenguaje como un hecho aislado sino —como nos enseña hoy la Lingüística cognitiva— en estrecha relación con la materialidad espacio-temporal y corpórea en la que habitamos los seres humanos. Tanto la Antigüedad como la Edad Media, a pesar de la existencia de la escritura, conocieron aún lo que Walter Ong denomina «estilo de vida verbo-motor»<sup>12</sup>, en el que incluye «a todas las culturas que conservan huellas de su tradición oral en una medida que les permita seguir prestando a la palabra —antes que a los objetos— una atención considerable en un contexto de interacción personal (el contexto de tipo oral)»<sup>13</sup>. Y, sea codificadamente en forma de arte, sea en la práctica de las tradiciones, tuvieron presente la importancia de la transmisión memorística y de la acción comunicativa, al menos hasta que la propia evolución de las relaciones humanas relegó a ambas durante siglos a un discreto segundo plano. Así, conforme avanza la escritura y, con ella, el poder de los grupos textualizados, la memoria —lo mismo que ocurrió con el cuerpo— irá siendo cada vez más cuestionada en todos sus papeles a favor de un nuevo medio —el manuscrito, el libro— que, a partir de ahora y definitivamente, ocuparán en gran medida su lugar.

En este trabajo queremos mostrar cómo el paso del mundo oral al mundo de la escritura encuentra su reflejo en los textos hispánicos medievales a través de las valoraciones que en ellos se encuentran de la memoria y del acto de escribir. Como vamos a poder comprobar, el progresivo desinterés por la memoria será la prueba inequívoca del cambio definitivo e irreversible hacia los modos escritos de comunicación para los que ésta no representaba ya ninguno de los valores clásicos sino que, más bien, era el testimonio de una forma de percibir la realidad que, a finales del siglo XIV, empezaba a considerarse como parte de una etapa anterior. De esta manera, cada afirmación del valor de la escritura puede considerarse, al mismo tiempo, una afirmación del triunfo del eje visual y de la pérdida de prestigio del mundo de la inmediatez auditiva, y con él de la importancia de la capacidad para recordar. Vamos, en primer lugar, a revisar cuál fue el concepto de memoria que se difundió durante la Edad Media a través de las retóricas clásicas y medievales y hasta qué punto ese concepto pudo estar interiorizado e incluso condicionar la pro-

---

<sup>12</sup> W. Ong (1987), pp. 72-73.

<sup>13</sup> W. Ong (1987), p. 72.

pia organización de los discursos poéticos. En segundo lugar, comprobaremos en textos medievales castellanos los distintos modos de valoración de la memoria y de la escritura así como las nuevas actitudes que esta toma de postura genera en los propios autores. Se hará evidente entonces cómo estamos en un proceso simbiótico —los manuscritos son los perfectos intermediarios entre el mundo de la voz y la memoria y el de la escritura— pero irreversible y podremos percibir hasta qué punto los propios autores fueron conscientes de estar asistiendo a un momento de transición en los medios de elaboración, conservación y comunicación de sus propias obras.

## 2. LA MEMORIA COMO FACULTAD ENTRE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA

Que la memoria es una facultad apreciada desde la Antigüedad y que sólo tras la generalización de la escritura y de la imprenta comienza a entrar en declive, son hechos que demuestran, por un lado, las ciencias clásicas del discurso, hasta tal punto interesadas en la memorización que, ya lo hemos dicho, dedicaron a este aspecto la cuarta de las operaciones retóricas; y, por otro, los temores que tan tempranamente despertó en Platón la introducción de la escritura, a la que consideró corruptora del saber, hasta entonces asociado a la palabra y, por tanto, a la memoria<sup>14</sup>:

No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad<sup>15</sup>

La memoria no sólo era el instrumento final del que el productor se valía para conservar, transmitir y modificar su discurso —«*thesaurum inventorum atque ad omnium partium rhetoricae custodem*»<sup>16</sup>—; mucho más aún, Quintiliano conserva la idea de memoria como lugar en el que reside el conocimiento:

Porque toda la ciencia tiene su fundamento en la memoria, y en vano nos enseñarían si se nos olvidase todo lo que oímos<sup>17</sup>

La memoria, como el resto de las operaciones retóricas, posee una preceptiva artística que, sin embargo, depende en gran medida de las aptitudes naturales del orador. Aunque el hecho de que el discurso haya sido elaborado previamente por escrito hace hablar a los retores de una memorización casi literal<sup>18</sup> de *res* y *verba*

<sup>14</sup> Cfr. B. Stock (1984), pp. 15 y ss.; M.T. Clanchy (1979), pp. 3-5; W. Ong (1987), pp. 38-42 y P. Zumthor (1989), pp. 167-191.

<sup>15</sup> Platón, *Fedro*, 275 a-b, pp. 403-404.

<sup>16</sup> *Rhetorica ad Herennium*, p. 213.

<sup>17</sup> Marco Fabio Quintiliano, *Instituciones Oratorias*, XI, 2 p. 642.

<sup>18</sup> Vid. Marco Fabio Quintiliano, *Instituciones Oratorias*, XI, 2, 44-45, p. 651. La misma idea se encuentra en Fortunanciano, «Semper ad verbum ediscendum est? si tempus permiserit: sin mimus, respisas tenebimus solas, dehinc his verba de tempore accommodebimus» (Fortunanciano, *Artes rhetoricae Libri III*, III,14, en C. Halm (1836), p. 129.

—*memoria rerum y memoria verborum*—, algo prácticamente impensable para las formas puras de la oralidad<sup>19</sup>, el interés se centra en otras formas de memorizar más conceptuales como son la elaboración de *loci e imagines*<sup>20</sup>, que ayudan al orador a recordar ideas y palabras en el momento preciso del discurso. La memoria, así, no tiene aún el sentido de «literalidad» que sólo la generalización de la «letra» le puede proporcionar; es aún un espacio vivo en el que lo aprendido no es, ni mucho menos, «un inter-texto fijo, transmitido mecánicamente»<sup>21</sup>, sino una ocasión para la pregunta y la respuesta, para el intercambio, para la transformación creadora, para la tensión dinámica en la que, en definitiva, vive el conocimiento en las sociedades en las que el componente oral aún juega un papel activo.

Desde la Antigüedad tardía y durante la Edad Media, son numerosos los tratadistas medievales que dedicaron alguna atención a este aspecto de la Retórica: San Agustín en sus *Confesiones*<sup>22</sup>, Fortunanciano<sup>23</sup>, Cassiodoro y Martianus Capella<sup>24</sup>, entre los más antiguos; Geoffrey de Vinsauf<sup>25</sup>, Juan de Garland<sup>26</sup> y Tomás de Salisbury<sup>27</sup>, entre los formuladores de las artes del discurso medieval; y Alberto Magno y Tomás de Aquino, representantes de la filosofía escolástica. En todos ellos son reconocibles los principios enunciados en el *De oratore* de Cicerón y la *Rhetorica ad Herennium* que posteriormente desarrollará Quintiliano en sus *Institutiones oratorias*. Estas tres obras conforman una de las tradiciones principales con respecto al valor y al funcionamiento de la memoria que recibe la Edad Media de la Antigüedad<sup>28</sup>. A través de la *Rhetorica ad Herennium* y de las *Institutiones oratorias* sobre todo, se asumen durante el medievo conceptos como la distinción básica entre memoria natural y memoria artificial<sup>29</sup> tal y como señala Martianus Capella en su *Liber de arte Rhetorica*:

Nunc ordo praecepta memoriae subministrat, quam quidem constat esse naturalem, sed et arte adiuvari posse non dubium est

y, más importante aún, la preceptiva relacionada con los *loci e imagines* y la búsqueda de reglas mnemotécnicas, como explica Geoffrey de Vinsauf en el siguiente texto de su *Poetria nova*<sup>30</sup>:

<sup>19</sup> Cfr. W. Ong (1987), pp. 62-71.

<sup>20</sup> Vid. H. Lausberg (1966), vol II, pp. 401-403.

<sup>21</sup> R. Barthes (1974), p. 43.

<sup>22</sup> San Agustín, *Confesiones*, 10, 1-25, pp. 199-222.

<sup>23</sup> Vid. Fortunanciano, *Artes rhetoricae Libri III*, en C. Halm, (1836), pp. 81-134. Cfr., 13-14.

<sup>24</sup> Vid. Martianus Capella, *Liber de arte rhetorica*, en C. Halm, (1836), pp. 449-492.

<sup>25</sup> Vid. Geoffrey de Vinsauf, *Poetria Nova*, v. 1969-2030, en E. Faral (1962), pp. 257-259.

<sup>26</sup> Vid. J. J. Murphy (1986), pp. 185 y ss.

<sup>27</sup> Vid. *Ibid.*, pp. 326 y ss.

<sup>28</sup> Sobre las tres tradiciones a través de la cuales recibe la Edad Media los principios que rigen la memorización, vid. Yates (1974), Gómez Alonso (1998 y 2001) y González Marín (1998).

<sup>29</sup> Vid. Martianus Capella, *De rhetorica*, en C. Halm (1863), p. 483.

<sup>30</sup> «Visa, vel audita, vel praememorata, vel ante/ Acta, mihi meminise volens, ita confero mecum:/ Sic vidi, sic audivi, sic mente revolve/ Sic egi vel tunc, vel ibi: loca tempora formae/ aut aliquae similes notulae mihi sunt via certa/ Quae me ducit ad haec. Et in his intellego signis./ Illud e illud erat, et imaginor illud et illud» (Vid. Geoffrey de Vinsauf, *Poetria nova*, vv. 1009-1016 en E. Faral (1962), p. 259. (Traduc.).



Cada vez que quiero recordar cosas vistas, oídas, bien recordadas del pasado, bien hechas previamente, discuto de ellas conmigo mismo así: aquello o aquello que vi, aquello o aquello que estudié, aquello o aquello que pensé, aquello o aquello que hice en este sitio o en otro. Lugares, épocas, formas u otras señales similares son caminos seguros para mí que me vuelven a llevar hacia los pormenores que yo quiero. Y yo lo sé a través de esas indicaciones; ése o aquél fue el asunto y yo llamo una imagen para éste o aquél.

Pero la Edad Media recoge otras tradiciones en relación con la memoria, como la procedente de Aristóteles. La teoría aristotélica sobre la memoria está basada, como en general toda su teoría sobre las capacidades del alma —del intelecto humano—, en la percepción. «Careciendo de sensación —afirma el Estagirita en *De anima* (432a, 7)— no sería posible ni aprender ni comprender». Para Aristóteles ese proceso de comprensión tiene que ver con el reconocimiento de imágenes —«En vez de sensaciones, el alma discursiva utiliza imágenes» (431a, 14)— que el intelecto identifica con los objetos, sean estos concretos y materiales o abstractos, con lo que, concluye, «la facultad intelectual entiende, por tanto, las formas en las imágenes» (431b, 1-2). En un tratado posterior, *De memoria et reminiscencia*, Aristóteles presenta la memoria, en palabras de Frances Yates (1974: 49) «como un archivo de diseños mentales, procedentes de impresiones sensoriales con la añadidura del elemento temporal, pues las imágenes mentales de la memoria no arrancan de la percepción de las cosas presentes sino de las pasadas». Llama la atención la modernidad de los conceptos aristotélicos y la coincidencia en el planteamiento con las actuales teorías cognitivistas para las que es la percepción, y la percepción visual en concreto, la que guía y es principio del resto de los procesos cognitivos que nos permiten conocer y estar conscientemente en el mundo. La lingüística cognitiva explica los procesos de comprensión e interpretación de los individuos mediante la existencia de dominios cognitivos (Langacker, 1987-1991). Son estos los modelos que sirven de fondo sobre el que se perfilan las figuras, unidades cognitivas que nos permiten comprender y expresarnos, siendo, precisamente, en la memoria, donde se encuentran almacenados los guiones, los modelos, los fondos que, fruto de los procesos de categorización, los individuos proyectamos predictivamente sobre la realidad haciendo así posible comprenderla, situarnos a nosotros mismos a y lo que nos rodea en ella, orientarnos ante el conocimiento y, simultáneamente, recuperar la información mediante procesos de rememoración, reconocimiento, reconstrucción o reintegración, en un movimiento activo e imparable que es el que, finalmente, hace posible el aprendizaje y la comprensión del mundo<sup>31</sup>. Las ideas aristotélicas llegaron a la Edad Media sobre todo a través de Tomás de Aquino, que comenta algunos de los principios básicos de *De memoria e reminiscencia*, obra en la que Aristóteles realiza su exposición de los principios organizativos de la memoria.

La coincidencia, como señala Yates, de esta última obra con la teoría de la memoria artificial de la *Rhetorica ad Herennium*, contribuyó sin duda a consolidar la importancia de la memoria para el conocimiento durante toda la Edad Media y a

---

<sup>31</sup> Sobre la memoria como proceso cognitivo, vid. P. Banyard, A. Cassells y otros (1995)

considerar la validez de los *loci* e *imágenes* como técnicas que permitían depositar activamente ese conocimiento y poderlo recuperar posteriormente.

Además de la tradición ciceroniana y la aristotélica, también se perciben los ecos de la tradición platónica, como queda evidente en este texto de San Agustín<sup>32</sup> en el que se hace referencia a la teoría platónica que vincula la memoria con la posibilidad de reconocimiento de las Ideas que están el alma de forma innata. Se subraya así la importancia de la memoria para el conocimiento:

¿De dónde, pues, han venido estas ciencias, y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito a lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubrí en mi alma desde luego, y habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé a la memoria, como depositándolas allí para volverlas a sacar cuando quisiese.

Pero si estas tradiciones se mantuvieron vivas y se transmitieron y enseñaron a lo largo de toda la Edad Media fue porque durante este período las formas orales de comunicación en cualquier aspecto de la vida y las relaciones humanas continuaron siendo dominantes. En ese contexto, la memoria continuó siendo el medio de transmisión y de conocimiento sobre el que se cimentó no sólo la cultura latina, sobre la que se profundiza en las universidades, lugares en los que la enseñanza discurre básicamente por vía oral, sino la incipiente tradición romance, apenas vinculada en sus inicios a la escritura. Así lo comenta István Hajnal en la siguiente cita:

Les méthodes qu'on y pratiquait dans l'enseignement et l'étude étaient certainement les méthodes orales, suggestives, personnelles de l'ancestrale formation des clercs<sup>33</sup>.

Si, como afirma Parks, «Memory is the living medium of an oral tradition»<sup>34</sup>, aquella se convertirá, en la época del nacimiento de la poesía vernácula, en el espacio de la intertextualidad, en el lugar donde se encontraban en libertad, donde permanecían y se enriquecían tradiciones y formas poéticas. Ya Menéndez Pidal, al formular su teoría sobre la tradicionalidad de las obras poéticas y su vida en forma de variantes, fue consciente del papel que la memoria debió ejercer en la evolución y conservación de dichas formas, como ocurre con el romance:

El romance se ofrece a la memoria incitador de retoques, preñado de variantes. Es así una poesía dinámica capaz de suscitar múltiples desenvolvimientos en la imaginación del que la repite. [...]; es un ser animado, que perdura, no en la fijeza de la escritura y del libro, sino en el mudable canto del pueblo...<sup>35</sup>

<sup>32</sup> Vid. San Agustín, *Confesiones*, 10,10,17, p. 209.

<sup>33</sup> Vid. I. Hajnal (1954), p. 28.

<sup>34</sup> W. Parks (1991), p. 54.

<sup>35</sup> R. Menéndez Pidal (1952), vol. 1, p. 42.

La memoria fue sin duda el medio que el mundo medieval eligió para reconocerse constantemente a sí mismo y a sus formas de expresión. Fue algo más que un depósito, fue el espacio dinámico, a la vez individual y colectivo, a través del cual las formas tradicionales se transmitieron y evolucionaron. La memoria del productor y la de su auditorio conformaron una red de relaciones, un flujo continuo que no se acababa al final de cada pronunciación, sino que se prolongaba en el recuerdo de cada actuación, de cada nueva exigencia del público. Cada texto pronunciado participó en un diálogo diacrónico<sup>36</sup>, se insertó en una cadena superior de transmisión memorística que, finalmente, se convirtió en el alimento mismo de la tradición, en el vínculo de grupos colectivos humanos. Como afirma Paul Zumthor:

La perfecta voz de memoria —ya se forme en la garganta, la boca o en el hálito de un poeta o de un sacerdote— tiene, sin duda, como objetivo final evitar las rupturas irremisibles, el descuartizamiento de la unidad tan frágil<sup>37</sup>.

La memoria, pues, actuó como un verdadero canal, como un *medium* capaz de condicionar no sólo la permanencia del mensaje, sino su propia estructura formal. A este respecto, Walter Ong ha señalado que la utilización de un canal de estas características justifica muchas de las peculiaridades del mensaje oral: la redundancia, la tendencia acumulativa, el tradicionalismo o el formulismo se explicarían también a partir de necesidades mnemotécnicas<sup>38</sup>. En este mismo sentido podemos suponer que la intuición, el fragmentarismo o la esencialidad que, según Menéndez Pidal, caracterizan el estilo tradicional pueden estar relacionados, además de con las exigencias de la pronunciación *in praesentia*, con las técnicas de memorización que los juglares utilizaban para recordar los núcleos temáticos principales de las composiciones que formaban parte de su repertorio. Así, la estructura fragmentaria a base de escenas de intenso dramatismo que se ha destacado como una de las características esenciales de buena parte del romancero español, podría estar relacionada con el principal de los procedimientos codificados por la cuarta operación retórica, que consistía, precisamente, en la creación de imágenes intensificadas por medio de la fantasía y situadas en los *loci*, lo que daba lugar, como ocurre en el caso de la muerte por envenenamiento que sirve de ejemplo en la *Rhetorica ad Herennium*<sup>39</sup>, a, en palabras de Lausberg, «una serie de cuadros caracterizados por:

- 1) la gran fuerza plástica, intensiva y patética, pero estacionaria de cada uno de los cuadros o imágenes.
- 2) sucesión seriada de las imágenes conforme al esquema del número cinco»<sup>40</sup>.

Se trata de una técnica de retención memorística procedente en parte de la intuición y, en parte, del flujo constante de relaciones que el mundo letrado y el más apegado a la oralidad mantuvieron durante todo el período.

<sup>36</sup> Vid. W. Parks (1991), p. 55.

<sup>37</sup> P. Zumthor (1989), p. 171.

<sup>38</sup> Vid. W. Ong (1987), pp. 43 y ss.

<sup>39</sup> Vid. *Rhetorica ad Herennium*, 3, 20, pp. 218-220.

<sup>40</sup> Vid. H. Lausberg, *Manual de retórica literaria* (1966), vol. 2, p. 403.

El hecho de que la memoria humana se confirme como canal por el que transcurre la comunicación no hace sino ratificar la existencia de técnicas composicionales y esquemas comunicativos elaborados según principios y necesidades que nada tienen que ver con las que se dieron tras la generalización de la imprenta. Fue, precisamente, la progresión imparable del medio escrito la que empequeñeció el papel de la memoria hasta, a las puertas del Renacimiento, hacerle perder prácticamente todo su protagonismo, tanto en el proceso de elaboración y transmisión de mensajes poéticos como en el de adquisición de conocimientos.

### 3. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA VALORACIÓN DE LA MEMORIA

Aunque la transmisión oral convivió con el medio escrito durante muchos siglos, conforme vaya avanzando la textualidad los autores letrados se irán afirmando progresivamente en el uso de la escritura, al tiempo que rechazan la memoria como depósito del conocimiento o como medio fiable de transmisión. Todavía en el reino de la palabra hablada, el papel de la escritura con respecto a la memoria física o natural era de mero registro, un medio para evitar que los conocimientos cayeran en el olvido. Así aparece en algunas ocasiones en los primeros textos de la literatura castellana, como podemos leer en estos versos de *Los milagros de Nuestra Señora* y de la *Vida de Santo Domingo de Silos* de Gonzalo de Berceo en los que se hace eco de esta funcionalidad de la escritura:

Fue luego este miraclo *escripto e notado*  
por amor que non *fuesse en olvido echado*<sup>41</sup>

decién todos que era fecho maravilloso,  
*devié seer escripto a onra del Glorioso*.<sup>42</sup>

Pero conforme la escritura va ganando terreno y la amplitud de los conocimientos es mayor, la capacidad de la memoria para retener todos los conocimientos se pondrá cada vez más en duda y, en consecuencia, lo que está escrito recibirá cada vez una mayor valoración. Se trata, como explica Zumthor<sup>43</sup>, de un tópico extendido por toda Europa, que pone en evidencia la gradual emergencia y poder de los grupos textualizados. El rabino Sem Tob de Carrión nos muestra un elocuente ejemplo:

La palabra a poca  
Sazón es olvidada,  
*E la escritura fynca*  
*Para syempre guardada*<sup>44</sup>

<sup>41</sup> Gonzalo de Berceo, *Los milagros de Nuestra Señora*, c. 410, p. 667.

<sup>42</sup> Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos*, c. 441, p. 369.

<sup>43</sup> Vid. P. Zumthor (1989), p. 168.

<sup>44</sup> Sem Tob de Carrión, *Proverbios morales*, c. 460, p. 159.

Si bien las ideas de las diferentes tradiciones clásicas que asocian en distinta medida memoria y sabiduría están aún presentes, la escritura, cada vez más frecuentemente, irá dejando de considerarse «caracteres ajenos»<sup>45</sup>, algo externo a la verdadera interioridad de la sabiduría, como aseguraba Platón en *Fedro* a través del mito de Thamus y Theuth, para ir imponiéndose como mediadora y fuente legítima de conocimiento, como argumenta Juan Ruiz:

E aún digo que viene de la pobredad de la memoria que non está instructa del buen entendimiento, ansí que non puede amar el bien nin acordarse d'ello para lo obrar [...]. E éstas son algunas de las razones porque son fechos los libros de la ley e del derecho e de los castigos e constumbres e de otras çiençias. Otrosí fueron la pintura e la escriptura e las imágenes primeramente falladas por razón que *la memoria del omne desleznadera es*<sup>46</sup>.

El texto escrito irá convirtiéndose en fuente de toda autoridad a la que recurrirán los primeros autores en lengua romance para dar veracidad a sus obras, como ocurre en el *Poema de Fernán González*:

Tornemos nos al curso, nuestra rrazon sygamos,  
tornemos en Espanna a do lo començamos,  
—*comme el escryto diz, assy lo fablamos*—<sup>47</sup>

en el *Libro de Alexandre*:

fijos de altos condes nacieron más de ciento,  
fueron pora servirle todos de buen talento,  
—*en escripto yaz' esto sepades, no vos miento*—<sup>48</sup>.

y, en muchas ocasiones, en Gonzalo de Berceo,

Año e medio sovo en la ermitaña,  
*dizlo la escriptura*, ca yo no lo sabía<sup>49</sup>

Dimio era so nombre, *dizlo la escriptura*<sup>50</sup>  
mas en esto culpados nos seer non devemos,  
ca ál non escrevimos, si non lo que leemos<sup>51</sup>

El avance imparable del mundo letrado proporciona cada vez más prestigio al testimonio escrito y, en ese camino, la memoria irá cediendo su importancia a favor

<sup>45</sup> Platón, *Fedro*, 275a, p. 403.

<sup>46</sup> Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, p. 10.

<sup>47</sup> *Poema de Fernán González*, c. 14, p. 5.

<sup>48</sup> *Libro de Alexandre*, c. 11, p. 137.

<sup>49</sup> Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos*, c. 73, p. 277.

<sup>50</sup> Gonzalo de Berceo, *Vida de San Millán de la Cogolla*, c. 73, p. 145.

<sup>51</sup> Gonzalo de Berceo, *Poema de Santa Oria*, c. 91, p. 521.

de la escritura. Esto es lo que parece desprenderse de los siguientes textos de Juan Alfonso de Baena y del *Libro de caballero Zifar*:

*Ca sy por las escripturas non fuesse ¿qual sabydurya o qual engeño o memorya de omnes se podryé membrar de todas las cossas passadas?*<sup>52</sup>

E porque la memoria del ome ha luengo tiempo e non se pueden acordar los omes de las cosas mucho antiguas si non las falló por escriptó...<sup>53</sup>

La incredulidad concedida a lo que está escrito está muy lejos ya de las palabras de Platón en *Fedro*:

Así, pues, el que piensa que al dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa ingenuidad...<sup>54</sup>

No hay que olvidar que la Edad Media cristiana tuvo en el libro por excelencia, la Biblia, no sólo un símbolo, como afirma Curtius<sup>55</sup>, sino también un modelo compositivo<sup>56</sup> y una fuente inapelable de autoridad que no dejó nunca de pesar como referente general del discurso.

A partir del siglo XV asistimos progresivamente al fin de la memoria en su papel de transmisora. Aunque formas poéticas como el romance seguirán viviendo en el medio oral-memorístico durante siglos, la cultura ya intensamente textualizada de los prehumanistas dejará a un lado la memoria, que nunca más volverá a recuperar el lugar que sólo en un espacio oral pudo ocupar.

Pero, ¿a dónde va a parar el mensaje cuando deja la memoria? La respuesta es al manuscrito. En efecto, la forma escrita de difusión textual que se corresponde con este mundo de voces ininterrumpidas la constituían los manuscritos. La mayoría de los autores coinciden en señalar la estrecha relación que este medio primitivo de comunicación escrita mantenía con los modos orales de comunicación<sup>57</sup>. Aunque parte del mundo de la escritura, el manuscrito circula como portador de mensajes que serán, sobre todo, escuchados; es un canal sincrético en el que se hace evidente que las formas letradas durante la Edad Media dependían, en gran medida, de la oralidad dominante<sup>58</sup>. El manuscrito, como señala McLuhan, reproduce en cuanto

<sup>52</sup> *Prologus baenensis*, en F. López Estrada (1985), p. 33.

<sup>53</sup> *Libro del caballero Zifar*, p. 56.

<sup>54</sup> Platón, *Fedro*, 275c, p. 405.

<sup>55</sup> Vid. E. R. Curtius (1989), pp. 423-489.

<sup>56</sup> En realidad, éste es el motivo central del trabajo de A. Baker (1986), pp. 201-217. Sobre la importancia del Cristianismo como lugar de emergencia del mundo letrado, vid. M. Banniard (1993), pp. 5-16.

<sup>57</sup> Cfr. José M<sup>a</sup> Díez Borque (1995); M.T. Clanchy (1979); G. Jean (1989); M. McLuhan (1985); W. Ong (1987) y P. Zumthor (1989).

<sup>58</sup> Un ejemplo lo encontramos en la forma de transmisión escrita del romancero viejo, que fue a través del pliego suelto, en el que se unían casualmente romances inconexos, como podrían haberlo estado en la recitación de un juglar. Cfr. G. Di Stefano (1982), pp. 205-225. Sobre el Romancero hay una extensísima bibliografía y numerosas líneas de investigación. Para una puesta al día temática y bibliográfica, vid. el tra-

a su estructura y organización las formas acumulativas del pensamiento oral: irregularidad ortográfica, inexactitud gramatical, estilo retórico<sup>59</sup>.

Prueba de la inestabilidad del medio escrito eran las constantes referencias a los numerosos ruidos que en forma de tachones, pérdidas, etc., se producían constantemente en los manuscritos, como podemos comprobar en la obra de Gonzalo de Berceo:

Un monje beneito fue en una mongía  
el lugar no lo leo, decir no lo sabría<sup>60</sup>

Del cuál guisa salió dezir non lo sabría,  
ca falleció el libro en qui lo aprendía;  
perdióse un quaderno, mas non por culpa mía,  
escribir a ventura serié grande folía<sup>61</sup>

Otra cosa retraen mas no la escrivieron<sup>62</sup>

Y es que la escritura no ha dejado de ser un acto físico que no constituía una tarea fácil<sup>63</sup>; traía consigo una tecnología compleja a la que tenían acceso muy pocos individuos; se consideraba un trabajo manual relacionado con el esfuerzo físico, como muestra este monje de siglo VIII:

¡Oh quam gravis est escriptura! Oculos gravat, renes frangit, simul et omnia  
membra contristat!<sup>64</sup>

Y parece que no había cambiado mucho la tarea en tiempos del monje riojano a juzgar por su testimonio del *Poema de Santa Oria*:

los días son non grandes anochezrá privado,  
escribir en tiniebra es un mester pesado<sup>65</sup>

A pesar de estas dificultades, una prueba de la trascendencia que hechos relacionados con el acto mismo de escribir tuvieron en el desarrollo del mundo medieval la tenemos en cuestiones puestas de relieve por los medievalistas como, por ejemplo, el hecho de que el cambio en el tipo de letra resulte imprescindible para entender el

bajo de uno de sus más importantes estudiosos, Diego Catalán, «El campo del Romancero. Presente y futuro», en Pedro M. Piñero, Virtudes Atero y otros (eds.): *El Romancero. Tradición y pervivencia a fines del siglo XX*, Cádiz, Universidad de Cádiz-Fundación Machado, 1989, pp. 29-47.

<sup>59</sup> Vid. M. McLuhan (1985), pp.107-110.

<sup>60</sup> Gonzalo de Berceo, *Los milagros de Nuestra Señora*, c.76 p. 581.

<sup>61</sup> Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos*, c. 751, p. 447.

<sup>62</sup> Gonzalo de Berceo, *Vida de San Millán de la Cogolla*, c. 31, p. 135.

<sup>63</sup> Algunos trabajos imprescindibles para entender la evolución de la escritura y su desarrollo durante la Edad Media son los de I. Hajnal (1954); M.T. Clanchy (1979), pp. 88-115 e I. J. Gelb (1987); G. Jean (1989). Vid., además, J. M<sup>a</sup> Díez Borque (1995), pp. 34-61.

<sup>64</sup> V. García Lobo (1991), p. 12.

<sup>65</sup> Gonzalo de Berceo, *Poema de Santa Oria*, cit., c. 10, p. 501.

llamado Renacimiento carolingio; o que asuntos como la calidad y características del soporte material de la escritura<sup>66</sup> puedan también resultar determinantes en la forma final del mensaje y, por lo tanto, estar implicados en algún aspecto de la construcción del discurso. Este último aspecto fue puesto de relieve por A. Baker en un estudio<sup>67</sup> en el que relacionaba la estructura física de los libros medievales con la estructura composicional de las obras pertenecientes al mester de clerecía. Según este trabajo, el libro estaba compuesto por una unidad básica llamada *quatnion* (gran hoja plegada en dos veces que daba lugar a un cuaderno de cuatro folios u ocho páginas). Al estudiar las obras del mester de clerecía se puso de manifiesto que no sólo el nombre de la estrofa y el de la unidad del libro se parecían — *cuaderna-quatnion* — sino que «each line of the stanza consists of two hemistichs for a total of eight, just as each folio of the quatnion consists of two pages for a total of eight»<sup>68</sup>. La perfecta correspondencia entre el número de hemistiquios de la cuaderna vía y el número de páginas de un *quatnion*, unida al hecho comprobado por este investigador de que la estructura de muchas de las obras clericales coincide con el número de líneas de una «pecia» o cuaderno estudiantil, convierten el canal escrito, el soporte material del mensaje medieval, en un medio capaz de determinar la estructura verbal de una composición poética. En cualquier caso, se trata de una prueba más de la extrema dependencia que de los medios materiales tenían los textos medievales. Sea o no el cuerpo humano, el mensaje medieval parece difícilmente desvinculable de la circunstancialidad material en la que vive y, por lo tanto, dudosamente reducible en su análisis a sus componentes exclusivamente verbales.

Es esa falta de autonomía siquiera con respecto al medio por el que transcurre lo que convierte al mensaje transmitido por el canal escrito en un discurso inestable, modificable. Ni escritura ni medio escrito son, durante la Edad Media, sinónimos de inmutabilidad, sino de mero vehículo de transmisión, de registro, de sustituto de la memoria —espacio físico aún del conocimiento, como vimos anteriormente—. En consecuencia, y a pesar de la afirmación de la escritura, la actitud de los productores hacia sus textos estará más acorde con el vehículo vocal y el auditorio colectivo que les espera que con la escritura concebida como fijación definitiva, como canal exclusivo a través del cual estos debían transmitirse. El contenido del manuscrito se ofrecía a los receptores como un objeto modificable, como los mensajes efímeros y fungibles que emite la voz. Es esta la actitud que se desprende de los siguientes textos de Juan Ruiz y de Juan de Mena:

Qualquier omne que l'oya, si bien trobar sopiere,  
puede más añedir e emendar, si quisiere;  
ande de mano en mano a quiquier que l'pidiere:  
como pella a las dueñas, tómelo quien podiere<sup>69</sup>

<sup>66</sup> El pergamino era el material más utilizado para escribir, aunque a veces el proceso solía comenzar con escritura sobre cera para posteriormente pasarla a pergamino, donde quedaba fijada. M.T. Clanchy (1979), pp. 91-93.

<sup>67</sup> Nos referimos al trabajo de A. Baker (1986), pp. 201-217.

<sup>68</sup> A. Baker (1986), p. 204.

<sup>69</sup> Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, p. 274.



si sobran los dichos según las razones,  
 las cuales inclino so las correcciones  
 de los entendidos, a quien solo teman,  
 mas no de groseros que siempre blasfeman  
 según la rudeza de sus opiniones<sup>70</sup>

El mensaje que se transmite a través del canal manuscrito está íntimamente ligado al canal humano, pues es el esfuerzo personal el que lo hace posible; la voz, finalmente, lo que le da vida, lo que propaga su contenido. La lectura del contenido del manuscrito no se realizaba de forma individual y privada tal y como la entendemos hoy; parece admitido que el acto de lectura era un ejercicio colectivo en el que los textos eran leídos por un individuo para todo un grupo<sup>71</sup>; la voz y el cuerpo del encargado de la lectura se insertaba entre el texto escrito y sus receptores, convirtiéndose de nuevo en verdadero canal de transmisión. El mundo medieval es el mundo de la voz y ni siquiera en los monasterios, uno de los pocos lugares en los que era posible el acceso individual a los textos —casi siempre con fines utilitarios—, existía la lectura silenciosa; la lectura se hacía musitando, susurrando, por lo que la voz se infiltraba en lo que hoy consideramos la más íntima relación texto-lector<sup>72</sup>. El manuscrito, es, pues, sólo voz concretada, es un medio flexible, una prolongación del discurso oral y, como tal, circula unido a las voces y a las manos que lo perpetúan y propagan. El mundo de los manuscritos es también un mundo de voces cruzadas, de copias y lecturas sucesivas al que es imposible aplicar criterios estrictamente textuales como «fuente» o «plagio», pues participa del mismo juego intertextual en el que se mueve el mundo oral. El mensaje que durante la Edad Media se transmite a través de un manuscrito no se puede concebir al margen del soporte humano, como tampoco es posible desligarlo de su medio material.

A partir del siglo XIV resulta cada vez más evidente el cambio de actitud hacia el hecho de la escritura y, por lo tanto, hacia la importancia del libro como medio de comunicación y soporte final del discurso. Estamos en los años previos al descubrimiento de la imprenta y el mundo letrado irá prestigiando cada vez más el documento escrito en detrimento de las formas orales de conocimiento y reconocimiento que durante siglos han estado vigentes. Esta actitud favorable hacia el contenido del escrito se verá reflejada también en un interés hasta ahora desconocido por la forma definitiva de éste, por su fijación, como en el caso de Don Juan Manuel que, consciente de los errores de los manuscritos,

ruega a los que leyeren cualquier libro que fuere trasladado del que él compuso, o de los libros que él fizo, que si fallaren alguna palabra mal puesta, que non pongan la

<sup>70</sup> Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, p. 255.

<sup>71</sup> Sobre el tipo de lectura que se desarrolla en la Edad Media coinciden todos los autores. Se trata de un acto colectivo y auditivo, de forma que el mensaje, aun siendo escrito, fue elaborado por el productor pensando en su destino oral. Cfr. R. Walker (1971), pp. 36-42; M.T. Clanchy (1979), pp. 211 y ss.; H. J. Chaytor (1945) pp. 5-13; M. McLuhan (1985), pp. 105-107 y W. Ong (1987), p. 153.

<sup>72</sup> Una exposición muy completa sobre las dificultades que encontraba el individuo medieval para la lectura es la que presenta H.J. Chaytor (1945), pp. 5-21.

culpa a él, fasta que bean el libro mismo que don Iohan fizo, que es emendado, en muchos logares, de su letra<sup>73</sup>

Según Glauco Sanga, la actitud de Don Juan Manuel<sup>74</sup> —como la que protagoniza Dante en un cuento de Sacchetti— «pretende il respeto del suo testo, testo individuale che va riprodotto inalterato, che quindi ha come condizione un originale sostenuto a la scrittura, dí contro a la tradizione orale, che è collettiva (nel senso che prevede una sanzione collettiva), non conosce “originalli”». Conforme el mundo textualizado se vaya imponiendo sobre el mundo oral y la escritura se convierta en vehículo del poder y de la diversión, el canal escrito irá adquiriendo cada vez más importancia y la memoria, despreciada en su papel secular. Cada hombre de letras querrá tener una biblioteca propia en la que leer y reflexionar personalmente sobre los textos, lugar ahora del conocimiento. El libro se convierte en un objeto preciado, como nos hace saber Sem Tob de Carrión:

El saber es la gloria  
De Dios e la su gracia;  
Non a tan noble joya,  
Nin tan buena ganancia;  
  
Nin mejor compañón  
Como el libro, ni tal,  
E tomar entención  
Con el, mas que paz val<sup>76</sup>.

El canal por el que transcurre el mensaje se irá independizando cada vez más de la mediación humana y así lo percibe el rabino de Carrión:

La su sapiencia, pura,  
Escrybta la dexaron,  
*Syn ninguna boltura*  
*Corporal la sumaron*<sup>77</sup>

La valoración, cada vez mayor de lo que «yaz» en el manuscrito por parte de los propios autores, legitima igualmente los modos escritos de comunicación y las formas de expresión a ellos asociadas y prepara el terreno para el mundo de la letra impresa que, en apenas unos años, cambiará por completo nuestra forma de relacionarnos con la palabra y con el conocimiento.

<sup>73</sup> Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, pp. 45-46.

<sup>74</sup> «Et porque don Iohan vio et sabe que en los libros contee muchos yerros en los trasladar, porque las letras semejan unas a otras, cuydando por la una letra que es otras, en escrivéndolo, múdasse toda la razón et por aventura confóndese, et los que después fallan aquello escripto ponen la culpa al que fizo el libro [...]» (Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, p. 46).

<sup>75</sup> Vid. G. Sanga (1982), pp. 34-35.

<sup>76</sup> Sem Tob de Carrión (1986), c. 327-328, p. 138.

<sup>77</sup> Sem Tob de Carrión (1986), c. 336, p. 139.

Memoria, voz y expresión corporal dejarán paso a la publicación neutral y ajena tanto a productores como a receptores, a la autosuficiencia absoluta del mensaje verbal: es el principio de la Edad Moderna y el final de una época, la medieval, en la que producir-transmitir-recibir formaba parte de un todo significativo cuyo resultado final era el mensaje irrepetible del que, gracias a la escritura, nos ha quedado al menos «la su sapiencia pura».

## OBRAS CITADAS

- ALBALADEJO MAYORDOMO, Tomás: «Algunos aspectos pragmáticos del sistema retórico», en M<sup>a</sup> del Carmen Bobes Naves y otros, *Teoría de la Literatura. Investigaciones actuales*, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Valladolid, 1993, pp. 47-61.
- ALBALADEJO MAYORDOMO, Tomás: «Componente pragmático, componente de representación y modelo lingüístico textual», en *Lingua e Stile*, XVIII, n. 1, gennaio-marzo (1983), pp. 3-46.
- ARCIPRESTE DE HITA, *Libro de Buen Amor*, 2 vols., edición de Jaques Joset, Madrid, Clásicos castellanos, 1981.
- BAKER, Armand: «The Concept of «Book» and Early Spanish Literature», en Colbert I. Nepaulsingh (ed.), *Toward a History of Literary Composition in Medieval Spain*, 1986, pp. 201-217.
- BANNIARD, Michel: «La voix et l'écriture: émergences médiévales», *Medievales*, 25, Automne (1993), pp. 5-16.
- BANYARD, P., CASSELLS, A. y otros: *Introducción a los procesos cognitivos*, Barcelona, Ariel, 1995.
- BARTHES, Roland: *Investigaciones retóricas I. La Antigua Retórica. Ayudamemoria*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.
- CERINA, Giovana, LAVINIO, Cristina, MULAS, Luisa (eds.): *Oralità e scrittura nel sistema letterario*, Roma, Bulzoni, 1982.
- CIFUENTES HONRUBIA, J. L.: «Relaciones entre lenguaje y cognición: propuestas de metodología lingüística», en *Revista Portuguesa de Humanidades*, II (1998), pp. 45-85.
- CIFUENTES HONRUBIA, J. L.: *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid: Eudema, 1994.
- CLANCHY, M.T.: *From Memory to Written Record. England, 1066-1307*, Londres, Edward Arnold, 1979.
- CURTIUS, Ernest-Robert: *Literatura europea y Edad Media Latina*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- CHAYTOR, Henry John: *From Script to Print: An Introduction to Medieval Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1945.
- DI STEFANO, Giuseppe: «La tradizione orale e scritta dei Romances. Situazioni e problemi», en Giovana Cerina y otras (eds.), *Oralità e scrittura nel sistema letterario*, Roma, Bulzoni, 1982, pp. 205-225.

- DÍEZ BORQUE, José M<sup>a</sup>: *El Libro*, Barcelona, Montesinos, 1995.
- DON JUAN MANUEL: *Libro de el Conde Lucanor*, edición de J. M. Bleca, Madrid, Castalia, 1981.
- DONAE A. N. y PASTERNAK, Carol Braun (eds.): *Vox intexta. Orality and Textuality in the Middle Ages*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1991.
- FARAL, Edmond: *Les arts poétiques du XIIe et du XIIIe siècle*, Paris, Champion, 1962.
- GARCÍA LOBO, Vicente: *Los medios de comunicación social en la Edad Media. La comunicación publicitaria*, León, Universidad de León, 1991.
- GELB, Ignace J.: *Historia de la escritura*, Madrid, Alianza, 1987.
- GENETTE, Gerard: *Palimpsestos*, Madrid, Taurus, 1989.
- GÓMEZ ALONSO, Juan Carlos: «Aspectos de la memoria en la retórica medieval», en *Homenaje al profesor Jesús Montoya Martínez*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 663-671.
- GÓMEZ ALONSO, Juan Carlos: «La memoria en Quintiliano», en Tomás Albaladejo y otros, *Quintiliano: Historia y actualidad de la retórica*, Gobierno de la Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, 1998, pp. 595-604.
- GONZÁLEZ MARÍN, Carmen: «Memoria y retórica», en *Epos*, 14 (1998), pp. 341-361.
- GONZALO DE BERCEO: *Obra completa*, edición de Brian Dutton y otros Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- HAJNAL, Istvan: *L'Enseignement de l'écriture aux universités médiévales*, Budapest, Academia Scientiarum Hungarica Budapestini, 1954.
- HALM, Carolus: *Rhetores latini minores*, Lipsiae, in aedibus B.G. Teubneri, 1863.
- JAKOBSON, Roman: *Lingüística y poética*, Madrid, Cátedra, 1979.
- JEAN, Georges: *La escritura, archivo de la memoria*, Madrid, Aguilar, 1989.
- LANGACKER, R W: *Foundations of Cognitive Grammar*, I-II, Stanford University Press, Stanford, 1987-91.
- LAUSBERG, Heinrich: *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1966, 3 vols. *Libro de Alexandre*, edición de Jesús Cañas, Madrid, Cátedra, 1995. *Libro del Caballero Zifar*, edición de J. González Muela, Madrid, Castalia, 1982.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco: *Las poéticas castellanas de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1985.
- LÖRINCZI ANGIÓN, Marienlla: «Scarto e adereza tra sistema grafici e oralità linguistica», en Giovanna Cerina y otras, (eds.), *Oralità e scrittura nel sistema letterario*, 1982, pp. 23-30.
- MARIMÓN LLORCA, Carmen: «El cuerpo significativo. El papel de la *actio/pronuntiatio* y su regulación ideológica en el medieval», en Labiano Ilundain, J. M., López Eire, A. y Seoane Pardeo, A.: *Retórica, Política e Ideología: Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, vol. I, LOGO, Salamanca, 1998, pp. 371-377.
- MARIMÓN LLORCA, Carmen: *Los elementos de la comunicación en la literatura castellana medieval*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999.
- MCLUHAN, Marshall y Quentin Fiore: *El Medio es el Mensaje*, Barcelona, Paidós, 1987.
- MCLUHAN, Marshall: *La Galaxia Gutenberg*, Barcelona, Planeta, 1985.

- MENA, Juan de: *Laberinto de Fortuna*, edición de Miguel Angel Pérez, Madrid, Edición Nacional, 1976.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Romancero hispánico. Teoría e Historia*, 2 vols., Madrid, Espasa-Clape, 1952.
- MERLEAU-PONTY: *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 1975.
- MURPHY, James J.: *La retórica en la Edad Media*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- NEPAULSINGH, Colbert I.: *Towards a History of Literary Composition in Medieval Spain*, Toronto, Toronto University Press, 1986.
- ONG, Walter J.: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- PARKS, Ward, «The Textualization of Orality in Literary Criticism», en A. N. Donae y Carol Braun Pasternack (eds.), *Vox intexta*, 1991, pp. 46-61.
- PLATÓN, «Fedro»: en Carlos García Gual, M. Martínez Hernández y otros (eds.), *Diálogos de Platon*, vol III, Madrid, Biblioteca clásica Gredos, 1986, pp. 309-413.
- Poema de Fernán González*, edición de Alonso Zamora Vicente, Madrid, CSIC.
- SANGA, Glauco: «Modi de produzione e forme di tradizione: dall'oralità feudale alla scrittura capitalistica», en Giovanna Cerina y otras (eds.), *Oralità e scrittura nel sistema letterario*, 1982, pp. 31-48.
- SEM TOB DE CARRIÓN: *Proverbios morales*, edición de Sanford Shepard, Madrid, Castalia, 1986.
- STOCK, Brian: «Medieval Literacy, Linguistics Theory and Social Organization», en *New Literary History*, XVI (1984), pp. 13-29.
- UNGERER, F. & SCHMID, H. J.: *An Introduction to Cognitive Linguistics*, Londres: Longman, 1996.
- WALKER, Roger M.: «Oral Delivery or Private Reading? A Contribution to the Debate on the Dissemination of Medieval Literature», en *Forum for Modern Language Study*, V, 7 (1971), pp. 36-42.
- YATES, Frances A.: *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974.
- ZUMTHOR, Paul: *Introducción a la poesía oral*, Madrid, Taurus, 1991.
- ZUMTHOR, Paul: *La letra y la voz en la «Literatura» medieval*, Madrid, Cátedra, 1989.